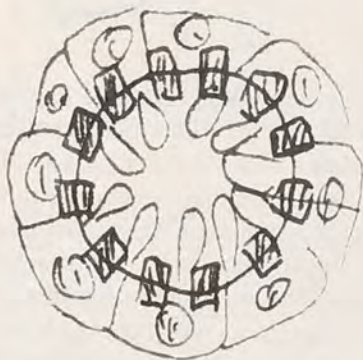


se encontraron pocos productos de exportación diferentes al oro y el tabaco. Pero, incluso, estos dos últimos productos no tenían un gravamen muy elevado.

Los recaudos aduaneros tenían la ventaja, sobre otros impuestos importantes como el monopolio del tabaco, que recaudarlo era muy poco costoso. Mientras un ingreso bruto como el del tabaco se reducía en más o menos un 50%, cuando se le restaban los gastos de administración para obtener los ingresos netos, en el caso de los ingresos de aduana la merma era de solo un 5%, aproximadamente.

El principal producto que se contrabandeaba en el periodo 1821 y 1850 era las telas extranjeras. Éstas representaron el 17% del valor de lo decomisado en esta época, una participación igual a la del tabaco extranjero.



Luego de repasar la evidencia encontrada sobre el contrabando entre 1821 y 1850, Muriel Laurent concluye que: "A la vista de esta presentación detallada, no queda duda sobre las grandes proporciones del contrabando de manufacturas europeas hacia el territorio neogranadino". La pregunta es ¿grandes proporciones con respecto a qué? La autora no lo dice. Creo que en este punto se descuidó un poco Laurent y abandonó la prudencia que muestra a lo largo del libro.

Un aspecto muy interesante, desde el punto de vista de la historia empresarial y social, es que se discute el perfil de los contrabandistas en el periodo 1821-1850, sobre la base de un grupo de 58 nombres vinculados a

investigaciones judiciales. El 29%, es decir diecisiete de los documentados, eran extranjeros, la mayoría de ellos ingleses asentados en los puertos del Caribe y, en especial, en Cartagena. Pero también figuran prominentes comerciantes costeños, algunos muy cercanos a los políticos más influyentes en la época. Me refiero a los casos de los cartageneros Juan de Francisco Martín, muy amigo de Bolívar, así como de Manuel Marcelino Núñez, muy amigo de Santander, y el samario Joaquín de Mier.

En la segunda parte del libro, Laurent estudió el contrabando desde 1851 hasta 1886. En este periodo encontró un total de 179 casos, que le sirvieron para su análisis. Sólo el 3% de los casos de contrabando involucraron exportaciones, para las cuales ya en este periodo prácticamente no había ningún gravamen permanente, aunque hubo uno temporal entre 1855 y 1863 para el tabaco y la quina.

También en esta segunda sección la autora analiza el perfil de los contrabandistas, así como el funcionamiento, recursos y ubicación de las aduanas.

En síntesis, este libro es un aporte de gran importancia para entender mejor el contrabando en Colombia en el siglo XIX. Además, es un ejemplo de una investigación sólida y exhaustiva. Como historiador económico lo propongo como ejemplo de las ventajas competitivas de los historiadores al estudiar temas económicos. En primer lugar, está su visión amplia que los lleva a analizar con cuidado y de manera exhaustiva el contexto social, legal y político de la época. Esto es algo que a veces no hacen los economistas, que pretenden escribir historia económica como si ello fuera solo un problema de armar bases de datos con ayudantes para estimar millones de regresiones en busca de las que mejor se ajusten. En segundo lugar, quiero resaltar como ventaja comparativa de los historiadores su conocimiento de los archivos y el rigor y paciencia con la cual los revisan.

Mi único reparo a este magnífico libro es muy de historiador económico: no pude resistirme a lo largo

del libro en preguntarme ¿qué tan grande era el contrabando?, ¿qué tan grande era su costo (o beneficio)?, ¿fue estable en el tiempo o hubo periodos de auge y estancamiento?, ¿la inversión en combatirlo fue suficiente o hubiera sido rentable aumentar las partidas para controlarlo? Por supuesto, ese no era el objetivo de Muriel Laurent, lo cual nos recuerda que en el estudio de nuestra historia económica tanto los historiadores como los economistas tenemos cosas que aportar.

ADOLFO MEISEL ROCA



## De dónde, acá...

### Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX

Santiago Castro-Gómez  
y Eduardo Restrepo (eds.)

Pontificia Universidad Javeriana,  
Instituto de Estudios Sociales  
y Culturales Pensar, 2008, 335 págs.

Exponer razonadamente un tema, cualquiera que sea, no implica despojarlo de emoción, pues a través de ella se logra capturar la atención para despertar el interés por el conocimiento. En este sentido, *Genealogías de la colombianidad* podría ser una obra muy interesante para un público numeroso y diverso, si en su forma no estuviera tan presente la sujeción a la literalidad de los conceptos y procedimientos metodológicos que aplicaron los autores en los trabajos que componen la obra.

El libro propone una lectura de la historia colombiana, a partir del análisis de los regímenes de colombianidad, para entender los mecanismos y prácticas de gobierno que generaron las políticas de unidad nacional en los siglos XIX y XX.

Los trabajos presentados por los autores siguen, de alguna manera, cuatro rutas de análisis: nación como unidad y diferencia, modernidad/colonialidad, blancura y hegemonía,

conocimiento y gubernamentalidad. Estas directrices, establecidas en consenso por el grupo, "se sustentan sobre un universo conceptual y metodológico" (pág. 13), delimitado en la introducción del libro por Santiago Castro-Gómez y Eduardo Restrepo, editores de la obra.

Daniel Díaz explora la biopolítica, para establecer cómo y a través de qué mecanismos llegamos a ser los ciudadanos que somos. Para el autor, entre 1873 y 1962 es posible localizar en Colombia tres estrategias biopolíticas: raza, pueblo y pobres, en las que lo social tomó formas diferentes.



En la estrategia racial, desarrollada entre 1873 y 1930, periodo en el que la hegemonía del saber estaba en poder de los médicos, lo social era definido como un organismo, un gran cuerpo biológico que presentaba enfermedades sociales inherentes a la raza. Durante ese lapso, la sociedad fue entendida a partir de la distinción útil/inútil. Los individuos útiles eran los sanos, vigorosos y productivos, por lo tanto, convenientes para el desarrollo. Los otros, los inútiles, eran un peligro para la salud pública, pues eran considerados como manifestaciones de lo degenerado, de lo salvaje, de lo ingobernable.

El proceso de industrialización aceleró el crecimiento de los principales núcleos urbanos. Las ciudades albergaron una gran masa poblacional, en su mayoría analfabeta,

sucia y desordenada. Una masa indeseable, pero necesaria para el desarrollo material del país. Surge entonces la estrategia educacional, que se impuso a lo largo y ancho del país entre 1930 y 1949. Durante este tiempo, los saberes sociales adquirieron preponderancia, pero no desplazaron a los médicos.

Al vigor y salud de los individuos era preciso sumar la educación para convertirlos en ciudadanos, con el propósito de integrarlos al cuerpo nacional, que a su vez, forma parte de los países definidos como pobres por el Banco Mundial en 1948, hecho que estableció una diferenciación entre países desarrollados y países subdesarrollados. La pobreza comienza a ocupar un lugar preponderante en las intervenciones gubernamentales, con lo que se da lugar a la estrategia del desarrollo, articulada a "cuerpos regionales (Primer, Segundo y Tercer Mundo) surgidos de la reorganización de la red de poder del sistema-mundo" (pág. 58). Las fuerzas productivas de la nación debían entrar en la fase del desarrollo. Era preciso incorporar prácticas modernas para impulsar el crecimiento económico, con la ilusión de cerrar la brecha entre países ricos-desarrollados y países pobres-subdesarrollados.

En "Batallas por el corazón del mundo" Dairo Andrés Sánchez presenta su trabajo de análisis sobre el descubrimiento de Ciudad Perdida, acontecimiento que enfrenta distintas fuerzas político-culturales que luchan por el dominio de la ciudad desde localizaciones discursivas ligadas a prácticas relacionadas con usos diferenciales del territorio. Sánchez aborda su trabajo explorando tres maneras de nombrar la ciudad, entendida ésta como el campo de batalla en el cual las fuerzas entre lo global, lo estatal y lo local, se batían por significarla, y en ese sentido, dominarla.

Para los antropólogos y arqueólogos, el descubrimiento es patrimonio de la nación y lo denominan Buritaca 200, nombre que hace referencia a la ubicación del yacimiento arqueológico. Se establece una relación de saber-poder que vincula

el acontecimiento con la comunidad imaginada nacional.

El enunciado etnoturístico Ciudad Perdida, por su parte, asocia el descubrimiento con el imaginario occidental de un paraíso perdido, cercano a lo natural, en el que las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza pueden ser armónicas, concepto que vincula el hallazgo a la comunidad global, puesto que se acerca a la concepción de patrimonio de la humanidad.

Para las comunidades indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta el nombre de la ciudad es Teyuna y forma parte de sus tradiciones ancestrales, por lo tanto, nunca ha estado perdida. Para ellos Teyuna es un lugar sagrado, una ciudad construida en el corazón del mundo para mantener el equilibrio cósmico, por tal razón, reclaman autonomía para administrarla.



Eduardo Restrepo analiza las dinámicas organizativas de la etnicización de las comunidades negras en Colombia, prestando especial atención a los alcances y características de las mediaciones de la Iglesia, el Estado y otros actores que participaron de diversas maneras en el proceso. El trabajo de análisis de Restrepo abarca también las tecnologías de invención y las formas de visualización que entraron en juego, tácticas que "en su aparente neutralidad, racionalidad y objetividad, en su silencioso papel de reunir, de registrar o de comunicar se despliegan en sí mismas como uno de los más contundentes componentes de las políticas de la etnicidad" (pág. 119).

La literatura desarrollada sobre Camilo Torres Restrepo y algunos

escritos del siglo XIX, en particular los de Miguel Antonio Caro, son analizados por Alejandro Sánchez y Carlos Arturo López, respectivamente. Sánchez, siguiendo los postulados de Michel Foucault, explora los escritos a través de un “uso genealógico de la historia”, con el propósito de desentrañar las distintas ataduras que los discursos establecen entre relaciones de fuerza y relaciones de verdad. Para el autor, el interés no está en conocer “cuál es la verdad en la historia de Camilo Torres, sino cuál es la historia de esa verdad que se intenta construir en torno a él” (pág. 137). Por su parte, Carlos Arturo López cuestiona las ventajas y desventajas de seguir a Foucault en las investigaciones históricas sobre Colombia. López considera que abandonar estos conceptos operativos en el proceso de análisis puede aportar otras interpretaciones de la historia nacional, liberándola de modelos prefabricados venidos de Europa.



El aporte de Sandra Pedraza Gómez consiste en “una etnografía de las expresiones emocionales en torno a la vida urbana en Bogotá” (pág. 174), estudio desarrollado a partir del análisis de los ejemplares de la revista *Cromos* que circularon entre 1916 y 1987, publicaciones que encierran la apreciación sensorial sobre distintos aspectos de la ciudad que, como otras de Occidente, “ha recorrido la misma experiencia de modernidad” (pág. 200).

El establecimiento de la biología como saber hegemónico entre los siglos XVIII y XIX definió los criterios biológicos y científicos que cimienta-

ron el término “raza”. Para los naturalistas y filósofos del positivismo, la raza adquirió gran importancia, dando lugar al surgimiento de la eugenesia, movimiento que procura el perfeccionamiento de la especie humana, “el cuidado y la perpetuación en el tiempo y el espacio de la herencia biológica humana” (pág. 205).

Jorge Uribe Vergara analiza las repercusiones políticas y sociales generadas por la polémica de la raza en América Latina, centrandó su atención en las prácticas eugenésicas desarrolladas en Colombia y Argentina.

Para Santiago Castro-Gómez, en Colombia “la escenificación simbólica del capitalismo industrial precedió a la implementación estatal de la economía capitalista, que tuvo lugar apenas hacia finales de la década de los treinta” (pág. 224). Para sustentar su afirmación, analiza los festejos organizados por el gobierno de Rafael Reyes para conmemorar el primer Centenario de la Independencia, celebración que giró en torno a la Exposición Agrícola e Industrial, evento concebido con el propósito de crear una imagen de modernismo, realizando visualmente las potencialidades industriales del país.

María del Pilar Melgarejo explora las raíces del lenguaje político de la Regeneración, idea que se convirtió en propósito de gobierno a finales del siglo XIX en Colombia. El interés de la autora es indagar cómo se forjó “uno de los discursos totalizantes más poderosos en la historia del país” (pág. 279), y lo hace a través de un estudio de los escritos de Rafael Núñez producidos entre 1878 y 1888, documentos en los que el político cartagenero emplea el vocablo regeneración, en sus distintas acepciones, para justificar su proyecto de reforma política y social.

Por su parte, Óscar Saldarriaga Vélez busca “la génesis y estructura del ‘bachillerato y el sistema educativo moderno’ en Colombia” (pág. 312), mediante un análisis sobre los alcances de las reformas a la instrucción pública promovidas por el Estado a lo largo del siglo XIX. En su estudio podemos entrever que en las propuestas pedagógicas y en el or-

den de los estudios establecidos por los gobiernos de turno como parte de sus respectivos proyectos de gobierno, primaron las discrepancias de pensamiento entre liberales y conservadores en torno a la educación como mecanismo político de dominio y exclusión.

La lectura de la historia colombiana desde la óptica particular de los autores de *Genealogías de la colombianidad* permite entender que la unidad nacional es un concepto ambiguo y cambiante, determinado por las tensiones entre relaciones de poder y relaciones de resistencia, siempre presentes.

LETICIA RODRÍGUEZ  
MENDOZA



## Guerrera y amorosa

### Los diarios perdidos de Manuela Sáenz y otros papeles

Carlos Álvarez Saá (recopilador)  
Fundación para la Investigación y la Cultura, Colección El pez en la red, Bogotá, 2005, 182 págs.

El texto tiene como fuente el libro publicado en Quito, *Manuela, sus diarios y otros papeles* (1993), por Carlos Álvarez Saá, en cuyo poder están los diarios y cartas cruzadas de Manuela. La Editorial Diana en México edita en el mismo año 1993, con nuevas cartas y ensayos, *Patriota y amante de usted. Manuela Sáenz y el Libertador. Diarios inéditos*. Esta edición de la Fundación para la Investigación y la Cultura es bienvenida, por cuanto no se habían publicado los valiosos documentos en el territorio nacional. Sin embargo, es una edición empobrecida respecto a las dos anteriores mencionadas; de entrada, la carátula trae una reproducción desvaída de un retrato al óleo de Manuela, una imagen mejor del cual puede verse en la edición quiteña, y el texto está plagado de erratas, algunas notables. En la pág.